

Edición

Pablo Stancanelli

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diseño de portada

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Fabiana Di Matteo

Edición fotográfica

Pablo Stancanelli

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

Producción

Esteban Zabaljauregui

LE MONDE
DIPLOMATIQUE

Director

José Natanson

Redacción

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz (editora)

Luciana Garbarino

Laura Oszst

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

Redacción, administración,

publicidad y suscripciones:

Paraguay 1535 (C1061ABC)

Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique /

Explorador es una publicación de

Capital Intelectual S.A. Queda

prohibida la reproducción de

todos los artículos, en

cualquier formato o soporte,

salvo acuerdo previo con

Capital Intelectual S.A.

© *Le Monde diplomatique*

Impresión:

Latingráfica, Rocamora 4161,

C1184ABC, Ciudad Autónoma de

Buenos Aires, Argentina

Distribución en Cap. Fed.

y Gran Buenos Aires:

Vaccaro Hnos. Representantes

editoriales S.A. Entre Ríos 919,

1º piso. Tel.: 4305-3854

C.A.B.A., Argentina

Le Monde diplomatique (Paris)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Jefe de Redacción:

Philippe Descamps

1-3 rue Stephen-Pichon,

70013 Paris

Tel.: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr

INTRODUCCIÓN

La rompiente

por Pablo Stancanelli

El año 1968 debe comprenderse en un marco más amplio que el de la romántica rebeldía juvenil. Condensó un espíritu de época que estallaba en todas partes. Sus actores fueron brutalmente reprimidos. Sus causas siguen vigentes.

La multiplicidad y diversidad de movimientos, revueltas y conflictos que estallaron alrededor del mundo a lo largo del año 1968 es tal que resulta imposible enumerarlos aquí; o incluso retratarlos todos en este volumen. Ciertamente, parafraseando –una vez más– al gran historiador Eric Hobsbawm, el 68 debe entenderse como un año largo, no atado a los límites del calendario, sino representativo de un momento histórico crucial; un año que condensó un espíritu de época y constituyó un parteaguas en la segunda mitad del siglo XX. Sin ir más lejos, el “68 argentino”, el Cordobazo, se produjo en mayo de 1969.

Puede hablarse pues de “los años 68”. Una era de contornos imprecisos, en la que una generación que hacía sus primeras armas en política intentó desviar radicalmente el orden establecido tras la Segunda Guerra Mundial. Un sueño de libertad, justicia e igualdad que sería fagocitado y digerido por la brutal represión que decretó la lenta agonía del socialismo real en la Unión Soviética y sus satélites, así como la progresiva imposición del capitalismo neoliberal a todos los rincones del planeta, incluido el orgulloso y victorioso Vietnam.

Una lucha, todas las luchas

La lucha desigual y sacrificada del pueblo vietnamita por su independencia es la trama que unifica los hilos sueltos de esa época. Sus guerras contra el poder colonial francés primero, y contra el Ejército estadounidense después hicieron de la nación asiática y su líder Ho Chi Minh un ejemplo de abnegación y resistencia, un motivo de ira y de protesta contra la hipocresía de las democracias occidentales y el comunismo burocrático soviético, que se repartían el mundo. Y a medida que, gracias al auge de las telecomunicaciones, se conocían en simultáneo las atrocidades cometidas en el Sudeste Asiático –Estados Unidos lanzó sobre Vietnam casi el doble de bombas que los Aliados en Europa y Asia Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, sin hablar del uso masivo del agente naranja cuyos efectos tóxicos

siguen causando estragos–, los combates locales se fueron radicalizando y extendiendo, adquiriendo una dimensión internacional que brindaba una luz de esperanza a todos los oprimidos de la Tierra, animados por un importante sector de la Iglesia posconciliar. Eran tiempos de inconformismo y contracultura, de descolonización y solidaridad, de luchas de liberación, de revoluciones. El martirio de Ernesto Che Guevara en la selva boliviana acababa de multiplicar su efigie y su mensaje se convertía en un credo: “Crear dos, tres... muchos Vietnam”. Detrás de las barricadas y los gases lacrimógenos, a través de la mira de un fusil, parecía dibujarse nítido, diáfano, un mundo mejor.

De las batallas contra la segregación racial en Estados Unidos a las luchas estudiantiles y obreras en Francia, de las luchas por la independencia y contra el *apartheid* en África a la resistencia y la lucha armada contra las dictaduras en América Latina, lo que estaba en cuestión en Occidente era un sistema de segregación económica cuyas brechas se volvían incontenibles. Un régimen económico y político elitista que en nombre de la Guerra Fría se imponía cada vez más a golpes de autoritarismo, porrazos y terror. Los años dorados o “treinta gloriosos” de posguerra estaban quedando en los libros de historia y las masas en la calle resistían su exclusión, presente o futura. El Mayo francés salió entonces de las aulas de las Facultades a convertirse en la mayor huelga general de la historia de Francia. La lucha por el derecho de voto de los negros en el Sur de Estados Unidos se convirtió en amotinamiento contra la opresión económica organizada de las minorías en los guetos del Norte y rechazo general hacia la autoridad. En México, una gresca juvenil viró en sublevación contra el régimen hegemónico del Partido Revolucionario Institucional...

Del otro lado de la Cortina de Hierro, el dogmatismo marxista-leninista-estalinista asfixiaba a quienes pretendían democratizar el socialismo, al tiempo que en China, modelo para muchos de aquellos jóvenes que descreían de la URSS, la Revolución Cultural mandaba a reeducar a sus estudiantes al campo. Las

izquierdas estaban en crisis y buscaban, como en el caso chileno, nuevas vías al socialismo.

Contrarrevolución

Las revueltas no llegaron a germinar en revolución. Fueron pronto y brutalmente pisoteadas. Tras la rompiente, sobrevino el reflujo y la resaca fue terrible. A la larga lista de luchas y movimientos, le siguió una más larga aun de muertos y perseguidos. De líderes, como Martin Luther King, asesinado el 4 de abril de 1968, o militantes, como los integrantes de los Black Panthers, liquidados y desacreditados por el FBI. De profesores e investigadores, como los que debieron huir de Argentina tras la Noche de los Bastones Largos, o estudiantes, como los cientos de mexicanos masacrados por el Ejército en la Plaza de las Tres Culturas. La Doctrina de Seguridad Nacional se abatía sobre América Latina y el resto del Tercer Mundo. A pesar de la supervivencia de la Revolución Cubana, los fuegos tricontinentales se estaban apagando. Ya cientos de miles de “comunistas” indonesios habían sido aniquilados en 1965.

El año 68 culminó entonces con los tanques soviéticos en Praga, con Nixon en la Presidencia de Estados Unidos, con De Gaulle temporalmente fortalecido en el poder en Francia y México celebrando sus “pacíficos” Juegos Olímpicos... Los alumnos habían vuelto a las aulas. Y se les enseñaría que lo sucedido no había sido más que una patalita adolescente, en el mejor de los casos, y un delirio criminal, en otros. La libertad tan deseada no era otra que la de consumir (quien pudiera).

Este número especial de *Explorador* busca por lo tanto ofrecer, a través de un conjunto de crónicas escritas al calor de los acontecimientos y de análisis actuales que rechazan las visiones románticas y paternalistas, una mirada comprensiva de “los años 68”. A falta de poder abarcarlo todo, intenta restituir el clima de época y recuperar los orígenes, los contextos y los sentidos de sus luchas. También intenta sacar las lecciones de sus errores, y leer los renovados combates y batallas –feministas, ecologistas, contra el racismo, por más derechos, justicia e igualdad– a la luz de 1968.

La espontaneidad del 68 sólo residió en la imprevisibilidad de la chispa que encendió la mecha, en la falta de organización de muchos de sus actores. Sus causas tenían raíces profundas. Muchas siguen vigentes en la actualidad, o incluso se han agudizado. Y es sabido que en el mar, como en la historia, las olas pueden variar de intensidad, pero nunca se detienen... ■

SUMARIO

1968

El año de todas las revueltas

INTRODUCCIÓN

2 | La rompiente **Pablo Stancanelli**

1. DOS, TRES... MUCHOS VIETNAM

Un mundo sublevado

- 7 | Año de esperanzas y desencantos **André Fontaine**
- 12 | El Mayo francés, ¿revuelta o revolución? **Guy Michaud**
- 15 | Estados Unidos, el nacimiento de la contracultura **Alexander Cockburn**
- 16 | ¡Hagamos el amor, no la guerra!
- 18 | El FBI contra los Panteras Negras **Norman Birnbaum**
- 21 | Ben Barka y la Tricontinental **Marie-Agnès Combesque**
- 22 | ¿Qué fue el Tercer Mundo? **René Gallissot**
- 25 | Esa primavera que asustó a los soviéticos **Immanuel Wallerstein**
- 28 | La China de la Revolución Cultural **Bernard Féron**
- 30 | Vietnam, símbolo de la resistencia mundial **Solange Brand**
- Alain Ruscio**

2. RADICALIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA

De las revueltas a la lucha armada

- 35 | Cuba, entre amargura y fe revolucionaria **Claude Julien**
- 38 | La cruz y el fusil **Edouard Bailby**
- 41 | La masacre de Tlatelolco **Elena de la Souchère**
- 45 | La década más larga de la historia argentina **Federico Lorenz**

3. LOS SENTIDOS DE LAS LUCHAS

Contra la recuperación liberal

- 51 | El 68, revisado y corregido **Bernard Lacroix**
- 55 | Mayo, la memoria y el olvido **Kristin Ross**
- 56 | “El fondo del aire es rojo” **Ignacio Ramonet**
- 61 | El combate de Martin Luther King **Sylvie Laurent**
- 65 | Novela negra y “años de plomo” en Italia **Serge Quadruppani**
- 67 | Una cultura de la revuelta **Evelyne Pieiller**

4. NUEVOS COMBATES, MISMOS SUEÑOS

Eterna esperanza de un mundo mejor

- 71 | Las dos columnas de la militancia **Astra Taylor**
- 74 | Las nuevas vidas de la batalla racial **Sylvie Laurent**
- 77 | Justicia por el agente naranja **Francis Gendreau**
- 78 | Extensión mundial del feminismo **Sonia Dayan-Herzbrun**

5. EN BUSCA DEL “ESPÍRITU 68”

Una historia abierta

- 82 | Pasados y futuros de 1968 **Omar Acha**



1

Un mundo sublevado

DOS, TRES... MUCHOS VIETNAM

En 1968, la célebre consigna invocada por Ernesto Che Guevara el año anterior en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” –“Crear dos, tres... muchos Vietnam”– parecía estar realizándose. En efecto, con las protestas por la guerra estadounidense en Vietnam y la desilusión creciente respecto del comunismo burocrático soviético como telón de fondo, las manifestaciones violentas de una nueva generación contra el orden establecido en la posguerra se generalizaron en todos los continentes. La reacción, brutal, no se haría esperar.



© Hulton Archive / Getty / Marcelo Brodsky / Latinstock



Un manifiesto para cambiar a Estados Unidos

El nacimiento de la contracultura

por Alexander Cockburn*

Lucha contra el racismo, contra el clima opresivo de la Guerra Fría, contra la sociedad de consumo: a principios de los 60, los grupos radicales proliferan en Estados Unidos. El manifiesto de Estudiantes por una Sociedad Democrática, publicado en 1962, se impone como el documento de referencia de la contracultura.

Port Huron, una hora de ruta al norte de Detroit, junio de 1962. Estudiantes por una Sociedad Democrática (Students for a Democratic Society, SDS) realiza su primera convención. Este grupo radical cumplirá un papel central dentro del movimiento de protesta de los años 60: lucha contra la discriminación racial, protesta contra la guerra de Vietnam y, en un sentido más amplio, ruptura de la juventud con el consenso de la Guerra Fría. Ese corsé ideológico paralizaba las mentes y condenaba a la izquierda estadounidense, los sindicatos, las iglesias y las universidades a vivir en el temor a las purgas anticomunistas orquestadas por el senador Joseph McCarthy. Durante su convención, SDS publica un manifiesto titulado de forma un tanto grandilocuente: “Declaración de Port Huron” (1).

Redactada por Tom Hayden, un estudiante de la Universidad de Michigan, la Declaración empieza con una toma de conciencia generacional particularmente tardía, impregnada de consideraciones apocalípticas. En efecto, en 1962, los estragos del conflicto Este-Oeste ya dejaron de ser una novedad. Hace catorce años que el presidente Harry Truman decretó la militarización de la economía estadounidense; doce años que los instructores militares del Pentágono desembarcaron en Indochina; ocho años que las botas imperiales estadounidenses aplastan las esperanzas de reforma en Guatemala. En 1961, el presidente Dwight Eisenhower dejaba la Casa Blanca lanzando su famosa advertencia: “Debemos cuidarnos de la adquisición de una influencia ilegítima, buscada o no, por parte del complejo militar-industrial. El riesgo de que un poder usurpado crezca en proporciones desastrosas existe y

persistirá. [...] También debemos cuidarnos del riesgo [...] de que las políticas públicas se vuelvan cautivas de una elite científica y tecnológica” (2).

Alienación en el país de jauja

En la Universidad de Berkeley, California, los hielos de la Guerra Fría comenzaron a derretirse a partir de 1956: para protestar contra la obligación de participar en sesiones de entrenamiento militar en el campus, algunos estudiantes iniciaron una huelga de hambre. El conflicto duró hasta 1962, cuando una votación del Consejo de Administración de la Universidad acabó dando la razón a los insumisos. Joe Paff, antaño estudiante de Ciencia Política, recuerda el ambiente asfixiante que imperaba en Berkeley a principios de los años 60: “Era el auge de las clases medias, con pantalón caqui, una gran hebilla en el cinturón y camisa con cuello a botones estilo Oxford. Era como un uniforme. Los oficiales de reserva encargados de nuestro entrenamiento obligaban a todos los estudiantes de sexo masculino a llevar el uniforme militar una vez por semana. [...] Y para extremar el conservadurismo, la Universidad decidió que los estudiantes no debían discutir temas no relacionados con la vida del campus y que había que protegerlos de ‘los agitadores externos’”.

En mayo de 1961, Malcolm X fue invitado a dar una conferencia. “La dirección de la Universidad se negó, argumentando que Malcolm X podía convertir a los estudiantes al islam –recuerda Paff–. A último momento, igual logramos recibirlo, pero sin la menor publicidad y en una pequeña sala de ciento sesenta asientos. La atmósfera estaba cargada. Malcolm X →

PARA DERROTAR AL ESTABLISHMENT

¡Hagamos el amor, no la guerra!

por Norman Birnbaum*

En Estados Unidos, 1968 fue el año de los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy, de los motines de la población negra en todo el territorio, de una gran revuelta estudiantil en la Universidad de Columbia (Nueva York), de la caótica Convención Demócrata de Chicago, con los disturbios que le siguieron debido a la actitud de la policía. Y concluyó con la elección de Richard Nixon.

Los adversarios de los movimientos sociales estadounidenses de los 60 afirman que esta elección y las victorias republicanas en tres de las cuatro elecciones presidenciales siguientes demostraron cuán errónea era la percepción de los sesentayochistas de lo que era posible realizar históricamente. Una mayoría de la población, afirman, apoyaba los valores tradicionales de la Iglesia, de la familia y de la escuela; abrazaba la causa de un rol imperial para la nación; se identificaba en el capitalismo; sentía rechazo por los militantes negros, las feministas ruidosas y los estudiantes contestatarios. El reaganismo no habría sido una contrarrevolución.

Pero si los movimientos de los 60 eran tan frágiles, ¿cómo explicar el extraordinario gasto de energía intelectual y voluntad política (ni hablar de la feroz represión) puesta en marcha para vencerlos? ¿De qué se trataba? Esencialmente, de movimientos diversos que se vieron brevemente unificados por la amplia corriente de una contestación social y cultural. Los años 60 asistieron en primer lugar al nacimiento de las exigencias de los negros contra la segregación y el derecho de voto en el Sur, que pronto desembocaron en una campaña por una vida decente en los guetos del Norte. Los hispanos siguieron el ejemplo de los negros, y luego fue el turno de los descendientes de los pueblos indígenas originarios.

Los estudiantes blancos lanzaron su propia campaña: un ataque contra la jerarquía y el conformismo en las universidades y las escuelas. Este movimiento se transformó en un asalto generalizado contra la autoridad burocrática y tecnócrata. En cuanto al movimiento de mujeres, tomó un nuevo giro: la igualdad significaba el fin de un patriarcado asfixiante.

“Hagamos el amor, no la guerra.” Este eslogan de los manifestantes hostiles a la guerra en Vietnam expresaba otro tema de los 60: el puritanismo debilitante de la cultura estadounidense era rechazado en pos de una nueva sensibilidad llena de sensualidad, que no excluía el uso de drogas.

La lucha contra la guerra en Vietnam unificó a todas estas corrientes. La guerra no era considerada un “error” táctico o estratégico; era vista como el producto inevitable de esos componentes de la historia estadounidense que los movimientos se proponían derrotar: la fe etnocéntrica en una misión blanca y protestante de salvar el mundo, el expansionismo imperial, el racismo. Además, era dirigida por profesores de Harvard. Para la *intelligentsia* crítica, era la prueba de que la razón iluminada había capitulado ante el arribismo inmoral y la técnica desprovista de alma.

*Profesor emérito en la Universidad de Georgetown, miembro del consejo editor de la revista *The Nation*. Autor, entre otros, de *The Radical Renewal. The Politics of Ideas in Modern America*, Pantheon, Nueva York, 1988.

Traducción: Pablo Stancanelli

→ era el orador más extraordinario que jamás haya oído. Modificó nuestras vidas para siempre. Cuando le hacías una pregunta, él la repetía mirándote a los ojos, y luego respondía. De inmediato la gente temió hacerle preguntas estúpidas. Los negros, que estaban sentados todos juntos, no nos dirigieron la mirada al salir de la sala. Un mes después, la mitad de ellos repetía de memoria el discurso de Malcolm.”

Las proposiciones contenidas en la “Declaración de Port Huron” maduraban desde hacía varios años en el seno de la izquierda estadounidense. Pero, en la avalancha de textos publicados en esa época, es éste el que expresa con mayor fuerza la ansiedad de una juventud pequeñoburguesa decidida a arrancarse a sí misma del conformismo mortífero de los años 50. Conformismo que, por ejemplo, empujaba a los profesores a tomar mil precauciones para que no se los viera como comunistas.

El manifiesto está impregnado de miedo a la soledad y la alienación. Más allá de su profesión de fe progresista, su tema central es el desarrollo individual, el deseo de autorrealización; un tema muy en boga en ese entonces, como lo ilustra el éxito de los libros del psicoterapeuta anarquista Paul Goodman, uno de los inventores de la “terapia Gestalt”. *Growing Up Absurd*, uno de sus libros más populares entre los jóvenes contestatarios de ambos lados del Atlántico (3), inspiró indudablemente a los militantes de SDS.

Un capítulo titulado “La sociedad frente a nosotros” pone en escena a un grupo de estudiantes que asumen la misión de revelar la desesperación oculta bajo la buena paga del trabajador, el vacío existencial que preside el lavado de su automóvil y la elección de su residencia secundaria. Hasta los sindicatos estarían atrapados en la apatía general: al no haber leído *Los Manuscritos de 1844* de Marx, sus dirigentes serían realmente incapaces de identificar las variantes de la alienación, cosa que SDS se propone hacer.

Sin embargo, la “Declaración de Port Huron” desecha la cuestión económica en unos pocos párrafos. “Muchos de nosotros esperamos cómodamente la jubilación”, afirman los autores a modo de preámbulo. Le sigue una descripción de Estados Unidos como una nación de ricos, turbada por los pocos pobres que subsisten en sus márgenes. Semejante cuadro sería hoy una utopía. El optimismo resultante indica que a pesar de sus observaciones preliminares sobre el fin de la edad de oro estadounidense, sus autores no captaron el carácter volátil del capitalismo.

En ese punto, su falta de lucidez era ampliamente compartida por los economistas de la época. Siete años después de las profecías de Port Huron, la clase obrera estadounidense –al menos su componente blanco mejor provisto– alcanzaba su apogeo histórico en términos de prosperidad. El nivel máximo de gratificación consentido por el sistema capitalista en términos de salarios se encarnaba en los voluminosos automóviles con decorados barrocos, en el segundo auto destinado a la esposa que no trabajaba, en la casa



Rock. La música fue un modo de expresión predilecto de los jóvenes que se rebelaban contra los valores sociales.

llena de electrodomésticos, la jubilación, la cobertura de salud y el seguro social Medicare para los mayores. Luego, desde principios de los años 70, el país de jauría empezaría a desintegrarse, reforma a reforma...

En la “Declaración de Port Huron”, el capítulo sobre las “alternativas a la impotencia” interpela a la elite de los estudiantes emancipados, estratégicamente posicionados sobre todo el territorio en medio de un océano de materialismo y resignación. ¿Cómo cambiar las cosas? “Desde los liceos y universidades, a través de todo el país, una izquierda activa puede despertar a sus aliados”; los autores no aclaran quiénes son exactamente esos “aliados”. Ella “debe dar forma a los sentimientos de impotencia e indiferencia, para que la gente pueda tomar conciencia de las raíces sociales y económicas de sus problemas personales. [...] El acceso al poder político requerirá una verdadera cooperación a nivel local, nacional e internacional entre la nueva izquierda de los jóvenes y una comunidad de aliados en proceso de emancipación”.

Con una perspectiva de cincuenta años, podemos sonreír ante la afirmación ingenua según la cual no habría nada más fácil que “dominar el átomo” y construir miles de reactores nucleares para abastecer mejor al pueblo con una energía abundante y barata. La convicción de que el Muro de Berlín y la Guerra Fría constituyen fenómenos eternos tampoco parece de una gran clarividencia. En cuanto a la “industrialización del mundo”, los autores la ven como una marca de “nobleza”. Estados Unidos –dicen–, debería compartir amablemente su tecnología.

Quiebres

Pese a estas demostraciones de candor, debe apreciarse el impacto que la “Declaración de Port Huron” tuvo sobre los veteranos de la izquierda estadounidense.

Michael Harrington e Irving Howe, dos escritores progresistas miembros del grupo de los “intelectuales de Nueva York” (4), se opusieron a los autores del manifiesto, al considerar que su crítica de la Guerra Fría subestimaba la amenaza soviética. Este conflicto sería duradero: por un lado, los viejos adeptos de la superioridad del modelo estadounidense; por el otro, una generación en plena efervescencia que a fines de los años 60 vería a Estados Unidos como un poder imperialista tan nefasto como la Unión Soviética.

SDS se escindió en 1969, pero su memoria atraviesa las décadas, sobre todo gracias a los ex dirigentes que siempre se afanaron por construir su propia historiografía, a riesgo de exagerar su papel. Movimientos como los Black Panthers corrieron peor suerte: encarcelados o asesinados por la policía, sus dirigentes no pudieron inscribir sus luchas en los libros de historia. Por otra parte, la carrera de Hayden contribuyó sin duda al reconocimiento retrospectivo de SDS: en 1964, el autor de la “Declaración de Port Huron” militaba en los barrios pobres de Newark (New Jersey); años después, partiría hacia Hanoi con su mujer, la actriz Jane Fonda, para luego incorporarse al Partido Demócrata y ser elegido para el Parlamento californiano...

En los últimos meses de 2011, el movimiento Occupy Wall Street (OWS) diseminó sus campamentos por todo el país, de Nueva York a Oakland, hasta su dispersión violenta por la policía. Cincuenta años después de la convención de Port Huron, no puede sino impactarnos la falta de continuidad intelectual y organizativa entre esos dos episodios que marcan la historia social estadounidense. Las ideas políticas de SDS se inspiraban en los primeros escritos de Karl Marx, pero también en pensadores como Frantz Fanon, Paulo Freire o Gunnar Myrdal. Nada de eso ocurrió con OWS, sin duda porque su emergencia está íntimamente ligada a la pérdida de poder relativo de Estados Unidos y a la decadencia de la izquierda tradicional. Mientras los estudiantes de Port Huron pretendían ser exploradores en las vastas tinieblas de la autosatisfacción estadounidense, los ocupantes de Wall Street se consideran los representantes del 99% de la población. Ayer, el 1% era la vanguardia; hoy, es el poder a combatir. ■

1. En referencia implícita a la Declaración de Independencia de Estados Unidos.

2. Al asumir la Presidencia tres días más tarde, John F. Kennedy hizo propia la herencia retórica de su predecesor. No por ello desaparecería el “complejo militar-industrial”. Muy por el contrario, conforme a una de sus promesas electorales, Kennedy se dedicó a compensar el “retraso estadounidense” en materia de misiles balísticos; un retraso imaginario, ya que la Unión Soviética apenas poseía cuatro en 1960.

3. Publicado en 1960, *Growing Up Absurd* (“Creer de modo absurdo”) se convirtió rápidamente en best-seller en Estados Unidos, antes de alcanzar cierto éxito en varios países europeos (Alemania, Italia). En cambio, permanece inédito en Francia.

4. Grupo de intelectuales que surgió a mediados del siglo XX, que combina marxismo y crítica de la Unión Soviética.

*Co-director del sitio de información alternativa CounterPunch (www.counterpunch.org). Falleció en julio de 2012.

Traducción: Patricia Minarrieta

DEL CAOS AL ORDEN

Desescalada

31 de marzo

Tras la Ofensiva del Tet, que demostró la debilidad estadounidense en la Guerra de Vietnam, el presidente Lyndon B. Johnson invita a los norvietnamitas a una negociación y anuncia que no volverá a candidatearse.

Asesinato I

4 de abril

Martin Luther King es asesinado en Memphis. Más de un centenar de guetos negros se sublevan en todo el país, con un saldo de 46 personas muertas y unos 2.000 heridos.

Asesinato II

5 de junio

Robert Kennedy, precandidato presidencial demócrata y hermano menor de John F. Kennedy, asesinado cinco años antes, es abatido en un hotel de Los Ángeles luego de ganar las primarias del estado de California.

Disturbios

26 al 29 de agosto

Miles de manifestantes protestan en Chicago en los alrededores de la Convención Demócrata para elegir al candidato presidencial del partido entre el pacifista Eugene McCarthy y el vicepresidente Hubert Humphrey, quien resultaría elegido. La represión policial deriva en violentos motines.

Restauración

5 de noviembre

El candidato republicano Richard Nixon es elegido presidente por una estrecha diferencia sobre Humphrey, tras una campaña centrada en la ley y el orden.